

tán en la base de la fe, pero los evangelios son relatos de fe y biografías; por tanto, su estudio meramente histórico no hará más que crear un mar de hipótesis, probabilidades y dudas.

Brown afirma que quiere explicar lo que los evangelistas intentaron transmitir y transmitieron a sus auditorios. Lo que no está claro es si el método le permite descubrirlo. Esto no quita valor a su trabajo; simplemente se hace necesario definir con claridad sus límites, ya que, en último término, no interesan tanto las fuentes de cada evangelio como su resultado final, que es el que da sentido al texto. La obra de Brown es una pequeña enciclopedia y, en muchos aspectos, es muy de agradecer. La amplísima bibliografía que se usa permite tener en un solo libro todas las opiniones relevantes hasta 1994. De todos modos, al primar el estudio comparativo de los cuatro relatos de la pasión, pasaje a pasaje, se deja de lado el estudio de la trama de cada evangelio, limitando así las posibilidades de acceder a la intención del texto canónico y, por tanto, limitando las posibilidades de actualización en la vida de la Iglesia. Aunque el A. menciona la perspectiva teológica propia de cada relato en las páginas introductorias (pp. 68-78), al comparar los textos pasaje por pasaje, ese contenido queda algo difuminado. En este campo se hace necesario, pienso, un complemento vital: estudiar el sentido con el que se recibieron los textos en la primitiva Iglesia. A esto habría que añadir el recurso a los acercamientos sincrónicos, que nos permiten acceder con más fiabilidad a la dinámica del texto y, por tanto, a su intención.

El tono del Comentario de Brown es respetuoso, tanto con el contenido de fe de los evangelios como con las opiniones de los colegas, y refleja la evolución de pensamiento que ha tenido el A. Estamos, pues, ante una obra de una especial utilidad, sobre todo para los investigadores y profesores de Sagrada Escritura, especialmente cuando se es consciente de sus límites metodológicos. Será de especial utilidad para los que buscan respuestas a cuestiones históricas o de comparación sinóptica y de una utilidad menor para los que quieren estudiar las narraciones bíblicas en su conjunto.

Juan Luis CABALLERO

J. MORALES, *La experiencia de Dios*, Rialp, Madrid 2007, 255 pp., 13,5 x 20, ISBN 978-84-321-3650-4.

La categoría experiencia cobra hoy, a todos los niveles, un peso difícilmente superable. Después de su notable presencia a partir del principio de inmanencia sintetizado en el *cogito* cartesiano, la experiencia ha devenido poco a poco un término cultural y popular imprescindible. Su poder como instru-

mento de expresión de realidades teóricas o prácticas no encuentra fácilmente competidor entre otros vocablos. A pesar de pertenecer, al menos a primera vista, a la esfera de lo privado y subjetivo, y de estar, por tanto, potencialmente sometida al imperio de lo inestable y provisional, la experiencia es valorada como punto de encuentro indispensable entre la autenticidad personal y el conocimiento intersubjetivo.

El Profesor José Morales afronta en su nuevo trabajo el tema de la experiencia, tan actual y atractivo como complejo y difícil. Si todo intento de reflexión sobre las experiencias humanas más habituales exige un gran esfuerzo analítico para la percepción de sus manifestaciones concretas, y constituye un verdadero reto especulativo para la inteligencia, es evidente que en el caso de la experiencia religiosa y, concretamente, de la experiencia cristiana, el desafío está condicionado por unas mayores exigencias.

Desde las primeras páginas el autor reconoce las tensiones que inciden en la expresión «experiencia de Dios»: «Es como una ecuación de solución tal vez no muy difícil pero que exige un tratamiento delicado. Señala un campo de fuerzas poderosas, y no del todo bien conocidas, en el que hemos de vivir» (p. 12). La tensión entre la trascendencia del misterio de Dios, por un lado, y la finitud y la contingencia humanas, por otro, hacen que «la expresión puede incluso resultar escandalosa y producir crispación. Une con desenvoltura dos extremos, como son lo más bajo y trivial, y lo más elevado y majestuoso, lo empírico y lo divino, lo más flotante e impreciso y lo más firme y estable, lo que podría considerarse el *no ser* y el ser más intensamente real y absoluto» (*ibid.*).

Las aporías que se perciben en esa fórmula no impiden sin embargo una reflexión sobre la experiencia religiosa, como lo demuestra la existencia de muchos caminos y maneras en los que el hombre capta reflexivamente su relación efectiva y afectiva con Dios, a los que se añade el testimonio sincero de hombres y mujeres sobre sus vivencias de lo divino.

Con todo, el Prof. Morales no se centra en la cuestión concreta de la experiencia mística, aunque el tema no permanece al margen de su interés y muchas de sus reflexiones aluden a las vivencias religiosas de los místicos: siendo ciertamente ese tipo de experiencias como la coronación de otras manifestaciones de la experiencia cristiana, su carácter más bien extraordinario le inclina a no centrarse en ellas, sino más bien en las experiencias de Dios que tienen los hombres en su vida cotidiana. En todo caso, el lector puede encontrar en la misma *Introducción* interesantes aunque breves páginas sobre la mística (pp. 14-21).

En los diez capítulos que componen el ensayo están comprendidos los principales temas que cabría esperar en un estudio sobre la experiencia religio-

sa y cristiana. Un capítulo inicial de carácter introductorio (I. *El hecho de la experiencia de Dios*) sirve para situar la experiencia religiosa en relación a otras experiencias humanas de marcada intensidad espiritual, al tiempo que se subraya la decisiva influencia de los protagonistas de la experiencia de Dios en la renovación de la vida de la Iglesia y del mundo. Los dos capítulos siguientes constituyen un acercamiento bíblico al tema de la experiencia; el primero de ellos, de proyección más panorámica (II. *Testimonios de la Biblia*), y el segundo, de contenido más concreto, en el que se ofrece una sugerente reflexión sobre la incomparable experiencia espiritual de Jesús. El autor reconoce la dificultad de intentar describir esta peculiar *experiencia de Jesús*, por lo que se ayuda de una prolongación del pensamiento de los Padres: «Podemos afirmar tensando las palabras que usamos, que Dios parece buscar en la Encarnación hacer experiencias humanas, de modo que los hombres podamos hacer experiencias divinas (...). La “experiencia Dios” se comunica a la nuestra, y la nuestra se abre en Jesús a la suya» (p. 59).

El capítulo IV (*El sentir de los hombres y mujeres cristianos*) repasa las diferentes maneras en las que los cristianos han vivido su experiencia religiosa. La forzosa brevedad de la exposición no impide al autor ofrecer un magnífico cuadro con los trazos históricos esenciales de la experiencia de Dios hecha por los cristianos a partir de la predicación de Jesús: unos primeros pasos en cierta continuidad con el judaísmo; las persecuciones anteriores a la paz constantiniana; la vida cenobítica y monacal, expresión de la dimensión ascética del cristianismo; las modulaciones espirituales de las distintas épocas que llegan a plasmarse plásticamente (la majestad de Jesucristo en el *Pantocrator*, su humanidad doliente en el *Ecce Homo*), o las variadas formas de devoción y culto cristianos (piedad eucarística, *devotio moderna*, etc.); las reacciones a la visión protestante que reduce la religión al ámbito privado; el renacimiento de la conciencia católica en el siglo XIX y los variados movimientos de renovación teológica y espiritual del siglo XX; etc.

Podríamos considerar los tres capítulos siguientes como formando parte de una reflexión más específicamente teológica en el conjunto de la obra. Si en el capítulo V (*Voces de la teología*) el autor sintetiza los hitos históricos más notables en el estudio teológico de la experiencia religiosa —marcados a veces por episodios delicados y espinosos, sobre todo a partir de la sola fides luterana—, en los dos capítulos sucesivos trata temas relativos respectivamente a la teología de las religiones (VI. *Percepción de lo divino en las tradiciones religiosas*) y a la teología fundamental (VII. *Fe y experiencia*). En este último capítulo, el Prof. Morales busca resaltar los elementos que han de articular la relación entre el conocimiento del misterio cristiano y la vida práctica del creyente, para así evitar

dos peligros siempre amenazantes: el intelectualismo y el emocionalismo. «La fe supone conocimiento y experiencia del misterio divino, y tiene por tanto un aspecto objetivo y un aspecto subjetivo. Una fe que no tendiese a la experiencia del misterio podría ser una fe en cierto modo vacía y abstracta. Una experiencia sin un contenido claro de fe podría desembocar en la irracionalidad, o en un simple entusiasmo religioso sin fundamento ni equilibrio» (p. 162).

Que la experiencia de Dios se encuentra siempre situada, es decir, expresada en contextos concretos, viene explicado en los capítulos VIII (*Diversidad de caminos*) y IX (*La Liturgia, lugar de experiencias*). El autor señala que no hay ni puede haber una experiencia directa e inmediata de Dios; toda experiencia de lo divino adviene al sujeto siguiendo las formas mentales y sensibles que son características del hecho religioso: «El ser humano hace su experiencia de Dios *a través del mundo finito*»; de manera que, «la experiencia religiosa se origina en, con y bajo nuestra experiencia habitual» (p. 174). En este punto destacan los finos análisis del autor sobre las variadísimas realidades humanas capaces de encauzar y manifestar la experiencia de lo divino: la belleza de lo creado, la evocación de vivencias pasadas, el rico mundo de las relaciones interpersonales, el testimonio de los santos, la experiencia litúrgica, el dolor, etc.

El último capítulo (X. *Retrato miniatura de la experiencia espiritual*) es, en cierto modo, un epílogo que sintetiza los rasgos fundamentales de la experiencia espiritual cristiana, señalando sus límites (precariedad, inestabilidad, volatilidad), sus paradojas (racionalidad e inefabilidad, claridad y oscuridad), su específica dinámica (iniciativa divina y búsqueda humana), así como los criterios que la autentifican y enriquecen (experiencia en Cristo y en el Espíritu Santo, realizada en la Iglesia y encarnada a través de una vida coherente de testimonio evangélico).

Cabe destacar finalmente cómo el autor se sirve a lo largo del libro del testimonio de una gran multitud de testigos para trazar los rasgos esenciales y la dinámica de la experiencia de Dios. Las ricas experiencias de maestros espirituales como San Agustín, San Francisco de Asís, San Bernardo, San Juan de la Cruz, John Henry Newman o Edith Stein, y de la destreza inigualable de los grandes literatos, como Shakespeare y Dostoyevski, para describir las luces y las sombras del misterio humano, van jalonando el ensayo e imprimen hondura y amenidad a la reflexión. Además, los acercamientos a la experiencia cristiana desde distintas dimensiones y ámbitos humanos otorgan a la obra un carácter interdisciplinar que enriquece la reflexión y hacen de ella un útil instrumento de alta divulgación para la presentación de la fe cristiana en toda su amplitud.

Juan ALONSO